
 Margarita Villaseñor

INVENTARIO

A Salvador Elizondo

Hace tiempo te hubiera escrito un poema de amor.
 Hubiera escrito la crónica de un instante
 incesantemente repetido.
 Hoy, escribo todas las estrellas de nuestro firmamento.
 Desgrano en la memoria las cuentas de treinta años.
 Numero en mi *secrtaire* los dardos de Sagitario.
 Las citas que no cumplimos.
 Reconstruyo, reincorporo, reivento los recuerdos tuyos.
 No tengo un solo doloroso.
 Se aparecen llenos de *sens of humor*,
 de literatura inglesa, de carcajadas y martinis.
 De costas californianas.
 De fechas vencidas en la arena de Carmel.
 Tus recuerdos me llegan húmedos de música y de ludismo delirante,
 de orgías y de magnolias.
 Me gusta abrir el tiempo y encontrarte al límite de la memoria.
 No importa en dónde. No importa qué me digas o qué digamos.
 Tierra firme o mar de fondo.
 A bordo de la verdad y la ficción.
 Me engalano con tu recuerdo y me perfumeo con tu imagen.
 Me endulzo la boca con tu azúcar de heliotropo y yerbabuena.
 Se despreza la memoria nuestra de cada día;
 Coyoacán, Parque México, Hotel Gèneve, Irrigación.
 Viajes, etiquetas, mascotas. Itinerarios perdidos. Destinos manifiestos.
 Mapas crípticos con tesoros que señala una cruz.
 Los juegos nocturnos y las palabras.
 Los amaneceres y las orgías inexistentes.
 El santo y seña.
 Digo mentalmente tu nombre y te llamo.
 Escribo cartas y postales, hago horóscopos y profecías.
 Imagino leyendas y sucesos terribles a la manera de Poe.
 Buceo y saco con los dientes aves del Cementerio Marino.
 Compró flores en el mercado de la Nature.
 Vivo historias de aventureros y piratas.
 Narro mi Apocalipsis 2000.
 Telegrafío—diástole—sístole
 amorosamente, apasionadamente, memoriosamente
 este hallazgo del tiempo perdido.
 Envío por fax el dibujo del bien y el mal
 invertidos en el reflejo del azogue
 y aprisiono cada instante preciso en el bromuro y la luz,
 en la bruma del cáñamo
 en los siglos del ámbar.